

NARRATIVAS ÚTILES

AL MIRAR NUESTRA ÉPOCA HARÍA que confesarse que las utopías no han muerto. Varias gozan de muy buena salud, y dos de ellas en particular prosperan a pasos agigantados. Quizá la más obvia sea la utopía tecnológica, que marcha a toda máquina a pesar de que creer que la tecnología puede ser la herramienta fundamental para solucionar nuestros problemas sea poco más que un acto de fe, pues no hay avance tecnológico que no haya traído a su vez nuevos desafíos (desde las vacunas, a la revolución verde a las nuevas formas de energía). Otra utopía favorecida por la época es la del mercado, que considera que los seres humanos son ante todo consumidores que ejercen sus decisiones con sus billeteras... o con sus votos, pues en ella deja de existir una distinción verdadera entre lo económico y lo político.

En ese conflicto entre los saberes “inútiles” y los saberes “productivos”, la literatura no puede salir bien librada. No porque no pueda producir ocasionalmente riqueza [...] sino porque la riqueza y el aumento de la producción no son su centro, sino su excepción.

Si se tiene en cuenta que hoy esas utopías tienen en común el partir de lo concreto, de aquello que aumenta las capacidades de producción y el enriquecimiento material, y que tras ellas hay ideologías que buscan imponerse en todo el planeta a través de la “globalización” (un concepto tan cuestionable en su nebulosidad como de uso masivo), no resulta extraño que vivamos en un tiempo en el que todo lo que no se centre en producir



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

riqueza económica pueda considerarse sospechoso de ser “inútil”. Y como tal sea tratado.

En ese conflicto entre los saberes “inútiles” y los saberes “productivos”, la literatura no puede salir bien librada. No porque no pueda producir ocasionalmente riqueza (después de todo, J. K. Rowling, entre otros ejemplos posibles, es una de las mujeres más ricas del Reino Unido gracias a lo bien que le fue a su personaje Harry Potter en el cine), sino porque la riqueza y el aumento de la producción no son su centro, sino su excepción. Aunque sea fácil olvidar el pasado en medio del espejismo de los medios masivos, donde la importancia que se le asigna a un autor suele ser directamente proporcional a sus ventas, lo cierto es que la idea de que un escritor puede vivir de escribir es una ocurrencia relativamente reciente, y sigue siendo la realidad de apenas una minoría de autores, que no forzosamente serán los que tendrán mayor influencia en el futuro.

Pero la gran paradoja de la supuesta inutilidad de la literatura es que podría afirmarse exactamente lo opuesto, y decir que hoy la necesitamos más que nunca, al considerar la magnitud de los desafíos que enfrentamos y que lo que suele existir en el centro de las decisiones humanas es simplemente una historia, una narrativa. Hemos cambiado poco desde que nuestros ancestros se reunían en cuevas a contarse los sucesos del día. No solo tomamos cada decisión de nuestras vidas esperando que nuestra “historia de vida” continúe en un sentido o en otro, sino que nuestras sociedades mismas se mueven con base en narrativas, contadas por los medios y por nuestros líderes, además

de aquellas que aprendemos en la escuela. De hecho, para lo que se conoce como “psicología narrativa”, una parte vital de nuestra personalidad se construye a partir de la integración de nuestras experiencias en historias que vamos creando sobre nosotros mismos y el mundo, para darnos y darle un sentido, y sobre las cuales tomamos decisiones futuras. Por su parte, en las ciencias sociales, investigadores como Jaber F. Gubrium y James A. Holstein han destacado la forma en que tendemos a integrar las “pequeñas historias”, los sucesos de cada día, en las múltiples capas de “grandes historias” institucionales para así poder construirnos como seres sociales.

Si uno lleva argumentos de esta naturaleza hasta las últimas consecuencias, casi todo es un cuento. No tomamos de forma lógica muchas de nuestras decisiones, quizá ni siquiera la mayoría, sino de acuerdo con lo que juzgamos más coherente con las historias propias y ajenas que conocemos, así como aquellas que imaginamos para nuestro futuro. Lo que nos vuelve propensos al autoengaño, pues podemos negarnos a ver aquello que está ante nuestros ojos si no podemos integrarlo fácilmente en una narrativa elegida o ya conocida. Y al asignarle a otros seres humanos el valor de personajes para poder entenderlos, esto también puede llevarnos a no ver aquellas características reales que no se ajustan al personaje que construimos mentalmente, lo que al final solo puede conducirnos a sorprendernos, no siempre positivamente, aunque la verdad sea que cuando esa persona muestra su “otra cara” no esté haciendo nada distinto a ser ella misma en lugar de limitarse a actuar como el personaje que construimos en nuestra mente para poder comprenderla. Y lo que resulta cierto en la vida íntima se repite en la vida social. Las grandes historias comunes se pueden sostener solo si se simplifican y se dejan de lado muchos datos. “Cuentos” frecuentes que han costado muchos muertos, como el de que “vivimos en democracia, donde el pueblo gobierna” o que “la revolución busca la igualdad de todos los seres humanos”, no resisten un análisis desde los datos, pues no hay gobierno humano donde no sea una pequeña elite la que tome la mayoría de las decisiones y goce de los mayores privilegios, aunque haya diferencias en cómo se

puede llegar a hacer parte de ella, así como en los límites de su poder y sus obligaciones. ¿Pero entonces por qué creemos en esos “cuentos”, por qué estamos dispuestos a morir por algo tan abstracto como “la patria”? La respuesta, desde el escepticismo narrativo, es que no es por la patria que aceptamos morir, sino por la narrativa de esa patria donde hemos integrado nuestras propias historias como individuos. No en vano, la reescritura de la historia nacional, en la que se destacan ciertos datos y se ocultan otros, se hace tan común en épocas de conflicto.

Pero si nuestra tendencia es a tratar de simplificar el mundo entendiéndolo —y entendiéndonos— como narrativa, ¿la literatura no sería precisamente lo más útil del mundo, ya que nos permite acostumbrarnos a historias más complejas, capaces incluso de integrar lo contradictorio? En ese sentido, una de las paradojas de la contemporaneidad es que habitamos en un mundo cada vez más complejo, pero las narrativas dominantes tienden a simplificarse, a repetir una y otra vez los mismos postulados reduccionistas que dividen al mundo sin tomar en cuenta los grises. Hasta qué punto eso es reflejo de una mentalidad de mercado que le asigna más relevancia a todo lo que pueda consumirse masivamente, y hasta qué punto eso responde a las observaciones de pensadores como Foucault o Deleuze sobre cómo los mecanismos de control social se han perfeccionado tanto que ya ni siquiera nos damos cuenta de que estamos siendo controlados, es un asunto a discutir. Lo que sí parece innegable es que si le damos algún valor a palabras como “libertad” o “verdad” aunque sean inalcanzables como absolutos, la literatura sí tiene una utilidad. Solo acostumbrándonos a historias que nos permitan entrar imaginariamente en otros seres (ese punto de vista subjetivo que tanto le cuesta a los medios audiovisuales, pero que tan natural resulta para la literatura) podremos crear narrativas propias y nuevas utopías que, antes que reducir tanto al mundo que a este no le quede más remedio que estallarnos en la cara, nos vuelvan hambrientos de recibir al cosmos sin evitar sus grises, concedores de que siempre habrá algo que se nos escape de su maravillosa complejidad. ■